



delimitado por elementos constructivos, donde las formas constructivas son derivadas de la calidad de los materiales regionales y de sus capacidades. Hacer delimitaciones espaciales -aunque sea con elementos fuertes como el concreto- que no sean formas constructivas, es escenografía; ésta tiene su lugar muy distinguido en el teatro. Los seres humanos, a pesar del ilustrísimo "Gran Teatro del Mundo", no somos actores. Somos individuos que vivimos cada uno nuestras vidas absolutamente inéditas, absolutamente propias, con responsabilidad de nuestros actos. No estamos aquí haciendo una comedia. El espacio arquitectónico es aquel que permite que dentro de él sea posible la vida humana y que sea lo suficiente para estimularla.

El ser humano busca siempre la belleza como una necesidad de su espíritu. Dios puso en el alma de cada uno de nosotros el anhelo de la verdad, del orden y naturalmente, su corolario, la belleza: el esplendor de ambos.

Acepto dos fantásticas e inmortales definiciones de belleza, la primera de Platón y la segunda de San Agustín: esplendor del orden; esplendor de la verdad. Estas dos ansias del ser humano traen consigo la necesidad de la belleza. El hombre no puede estar sin la belleza. Está verdaderamente impresionado por la maravillosa armonía de la creación (no me gusta llamarla naturaleza, le llamo creación: afirmación de que existe un autor). Aristóteles decía: belleza es la imitación de la naturaleza. Mas no la imitación fotográfica, sino aquel ponernos en esa misma categoría de armonía como existe en la creación.

Por tanto, mi precisión sobre la esencia de la arquitectura es: la obra de arte que consiste en el espacio expresivo delimitado por elementos constructivos. Nos falta precisar el fin de ello: la conjunción al acto humano perfecto. El espacio arquitectónico se hizo desde el origen de la arquitectura para que el hombre lo viva. El hombre necesita aislarse del exterior para tener la necesaria y la correspondiente intimidad para cada uno de sus actos. Cuando cercena un poco del espacio ilimitado es para dedicarlo a un propósito que tiene que llenar con toda precisión y con toda perfección.

Para que esto tenga eficacia es necesario que este espacio que hemos considerado delimitado por elementos constructivos tenga la belleza tal, que realmente actúe como un agente compulsivo para que el ser humano haga su acto más perfecto. Puse precisamente la palabra *compeler* porque solamente la belleza puede obligar a un ser libre a hacer algo sin que viole

su libertad, porque la belleza llega a apasionar al ser humano a tal grado que como que pierde la voluntad para realizar aquello que él se propone.

Por esa razón puse como esencia de la arquitectura la de ser una obra de arte, y para ello siempre acudo a la definición magnífica de Clemente Orozco, obra de arte: creación humana de un nuevo orden. Le puse una palabra al final, "esplendente", para que cupiera dentro de las dos definiciones de belleza de Platón y de San Agustín. Considero que de acuerdo con mis reflexiones y presentada para que se discuta y se llegue a algún acuerdo, *arquitectura es la obra de arte que consiste en el espacio expresivo delimitado por elementos constructivos para compeler al acto humano perfecto*.

Es necesario que hagamos obras bellas, que las hagamos no para figurar en exposiciones, no para alcanzar aplausos, sino como un agente fundamental de nuestro servicio profesional. El arquitecto tiene que hacer felices a los seres humanos por quienes trabaja, tiene obligación de hacerles su vida lo más plena posible, tiene que ayudarles a hacer sus actos humanos en la forma más perfecta.

La misión del arquitecto es de una importancia capital. El arquitecto es un profesional que jura ante el director de su escuela dedicar todas sus actividades profesionales al servicio de la comunidad, gobernado por una doctrina ortodoxa. Es obligación del arquitecto buscar esa ortodoxia para que pueda servir a sus semejantes, para que realmente les haga más fácil y más amable la vida.

Para hacer que la obra de arquitectura cumpla con su grandísimo y nobilísimo propósito es indispensable una reflexión adicional. Toda obra de arte, toda obra bella es producto de una cultura. Podemos descifrar cuál es la esencia de aquella cultura si sabemos entender bien las obras producidas por ella. Por esto también me di a precisar cuáles son las esencias del concepto de cultura. Me permití hacer dos definiciones de cultura. La primera, que es una definición estructural, por decirlo así: cultura es el sistema de conocimientos y actitudes llevados a formas de vida. La cultura es aquella colección de conocimientos y de actitudes que toma el ser racional frente a aquellos conocimientos que gobiernan después su vida. Esto explica por qué las culturas tienen una necesaria evolución. Existe otro concepto de cultura, que es mi segunda definición: culto a la vida y cultivo de la vida. Un hombre que rinde culto a la vida y que cultiva la vida es un hombre realmente culto, así tenga pocos conocimientos. Podemos medir la calidad de la cultura

por aquel respeto que se tenga a la vida; por aquel cultivo que se haga de la vida. Basada en estos dos conceptos se encuentra la actividad del arquitecto, que tiene la obligación de hacer esta delimitación espacial con elementos constructivos para la compulsión del acto humano perfecto.

La vida humana es lo más rico y lo más preciado que existe en la creación. La vida humana no solamente es una vida aislada, individual: un hombre solo es absolutamente incomprensible. El hombre, precisamente porque está hecho a imagen y semejanza de Dios, mas no por el cuerpo, porque Dios no tiene cuerpo, sino por el espíritu, y especialmente por la capacidad creadora que Dios le dio por el espíritu, es capaz de crear y es capaz de convivir con los demás. La primera manifestación del espíritu es siempre la comunicación. Creo que la actividad más importante del espíritu es la comunicación. Dios nos indica que



la esencia misma divina, la Trinidad magnífica es Padre, Hijo, que tienen el diálogo eterno y verdaderamente infinito del amor que genera el Espíritu Santo. Toda proporción guardada, el ser humano también tiene la necesidad incoherente de la comunicación precisamente porque tiene un espíritu. Entonces la vida humana más perfecta es la vida comunitaria; no la vida independiente, la vida aislada. La vida comunitaria más perfecta es la vida de familia: el paradigma de vida humana, la joya más grande de la creación.

Para aquella vida de familia, la arquitectura tiene su género más exquisito: la casa. La casa es donde se lleva a efecto la actividad más grandiosa de la creación, la vida humana perfecta. En la familia -y así son todas las familias- se llevan todos los grados del amor: entre la pareja de los cónyuges, de los padres a los hijos, de los hijos a los padres, de los hermanos entre sí y de esta familia con todas las amistades.

Si aplicamos a esto las ideas que sobre cultura he manifestado, encontramos que la casa debe ser la palestra en donde se le rinda culto a la vida y se cultive la vida, donde exista el respeto a la vida humana, a cada uno de los seres humanos; que no le haga vivir en una escenografía, sino en un espacio que sea tan tranquilo y tan sereno, que permita desarrollar las actividades más perfectas de la vida humana. La primera condición que debe tener el espacio arquitectónico será la de comunicar la serenidad adecuada para cada oficio con objeto de que el ser humano, estando tranquilo y sereno, pueda dedicar todas sus actividades al propósito fundamental de ese espacio.

Si la casa -y por extensión los demás edificios- respeta la vida, rinde culto a la vida y cultiva la vida, tendrá y se generará la arquitectura más refinada.

La inspiración más grande que pueda tener el arquitecto no está en las rutinas de la moda internacional. Muchas de sus obras son realmente unas incuestionables y muy plásticas manifestaciones de una especie de escultura, pero que no es más que una escenografía riquísima, con unos acabados extraordinariamente refinados. ¿Esto es arquitectura? ¿Esto es culto a la vida? ¿No es una cosa grotesca el querer aparentar que el hombre es un actor, un comediante, un individuo al que hay que ponerlo en escenografías (hermosísimas si se quiere, con una plástica increíble, con una capacidad artesanal extraordinaria), en lugar de rendirle culto a un ser humano responsable y digno? ¿Estos elementos delimitantes realmente rinden culto a la vida, o son una exhibición de maravillosas artesanías, pero no encaminadas al respeto a la dignidad humana, al respeto a la vida y al cultivo de la vida?

Podemos decir que si la casa está bien, todo irá bien; si la casa está mal, todo irá mal. Las casas que se están haciendo ahora son verdaderamente inhabitables; en lugar de cultivar la vida de familia la destruyen;

todos se van fuera porque es imposible que una familia se reúna dentro, que participe en el plan espiritual, en el plan de comunicación. Eso es una responsabilidad directa de los arquitectos que tenemos que tratar de corregir, porque de lo contrario no estamos cumpliendo nuestro juramento de dedicar nuestra actividad para el beneficio y el servicio de la comunidad. Debemos servir a la comunidad cultivando su vida y rindiéndole culto a su vida y entonces seremos unos verdaderos hombres cultos: generaremos esa nueva cultura que nos importa tanto fundamentar para el próximo siglo XXI.

Son tres ecosistemas los que deben estar coordinados: la casa alrededor de la sacrosanta vida de familia; la ciudad, que es la casa grande de la familia de familias, y por último, el ecosistema de la creación, que rodea a la ciudad. Esta armonía de convivencia que nos enseña la creación la debemos de llevar a la arquitectura, necesitamos hacer que nuestras obras realmente parezcan de convivencia humana, de armonía, y no yuxtaposición de egoísmos.

Nuestras ciudades revelan cada día más un vacío total de autoridad. Los ciudadanos que no tienen voz, porque no tienen capacidades económicas, ni poder político, ni poder ideológico, pero que son la mayor parte y los más sufridos, no tienen quien los defiendan. Ese vacío de autoridad permite que cualquier egoísmo se pueda realizar, permite que cualquier individuo -porque tiene poder económico y político- pueda hacer un rascacielos donde se le antoja, sin pensar que esto es un ataque a la comunidad. Si el arquitecto no se convierte en defensor de la comunidad frente a su cliente, con todo el respeto que se merezca, seguiremos siendo los cómplices de este ataque. No nos quejemos después de que nuestras ciudades sean inhabitables, de que vengan autoridades y destruyan nuestra ciudad con pares viales a tres cuadras de separados, que tasan, por decirlo así, nuestras ciudades. Tenemos la culpa todos nosotros, y especialmente los arquitectos, por no defender nuestra ciudad. Muchos de los arquitectos están contaminados del consumismo que se ha apoderado de los *mass media* en una forma tremenda, es él quien dice, con la ignorancia más completa, lo que es arquitectura y lo que no lo es.

El único remedio es voltear los ojos a las escuelas de arquitectura. La profesión del arquitecto no es una profesión que se pueda improvisar. Dios, a cada uno, le ha dado una vocación. Si encuentra el hombre cuál es la suya, su vida será un éxito, y si la falla o si la falsea, será un fracaso. Considero que una de las cosas más importantes que puede hacer una escuela es la de

seleccionar a quienes ingresan, que tengan realmente aptitud; de lo contrario se les hace un fraude al hacerlos creer que pueden llegar a ser arquitectos. La vocación no es simplemente un antojo: es una colección de habilidades, de inclinaciones y sobre todo, de genio creador. Quienes no lo tengan, la escuela no se los puede dar. El candidato no lo adquiere, lo puede ejercitar y lo puede enriquecer. El arquitecto nace, no se hace. Una de las razones por la que encontramos tantos esclavos del consumismo es porque existen algunos que se creen arquitectos porque tienen un título, pero no tienen la capacidad de serlo. Como no tienen genio creador, tienen que ir al plagio, a la copia y se están frustrando ellos mismos.

Para la formación del arquitecto es indispensable que el aspirante presente los tres exámenes fundamentales: de preparación, de capacidad y de vocación. El arquitecto tiene que ser un genio creador, no se puede producir la belleza indispensable para que presida el espacio arquitectónico con procesos racionales.

Hay que tener un cuidado muy grande de que en el plan de estudios estén las disciplinas fundamentales,



